

LA HISTORIOGRAFIA LIBERAL DE MIGUEL LUIS AMUNATEGUI

GERMÁN ALBURQUERQUE FUSCHINI*

Los escritores más considerables,
Lastarria, Vicuña Mackenna, Amunátegui,
Barros Arana fueron liberales de batalla
y no nada impermeables al fluido
político cuando escribieron historias.
M. Correa Pastene, 1926

RESUMEN

Este artículo establece la influencia de la ideología liberal en la obra del historiador chileno Miguel L. Amunátegui, la cual estuvo fuertemente condicionada por la contingencia política (mediados del siglo XIX). Así, comprende la Colonia como una época oscura (culpando a la Iglesia), y caracteriza el gobierno de O'Higgins como una opresiva dictadura. De ambos modos impugnaba el predominio de los gobiernos conservadores y autoritarios de su contemporaneidad. Se analiza además la recepción que su obra ha generado en la historiografía nacional, la cual revela las distintas posiciones políticas de los historiadores chilenos.

Palabras claves: Historiografía liberal.

ABSTRACT

This article establish the influence of the liberal ideology in the works of Chilean historian Miguel L. Amunátegui, which was strongly conditioned by the political contingency (half-full of century XIX). Thus, it understands the Colony like a dark time (blaming to Catholic Church), and he characterizes O'Higgins government like a oppressive dictatorship. Of both ways it opposed the predominance of the authoritarian government of his time. Also, the article analyzes reception that Amunátegui's work have generated in the national historiography, which reveals the different political tendencies from the Chilean historians.

Keywords: Liberal historiography.

INTRODUCCION

El objetivo de este trabajo es analizar la obra de Miguel Luis Amunátegui a la luz del pensamiento liberal, es decir, determinar si el liberalismo se manifiesta en su historiografía y, si esto es así, en qué forma lo hace. Para ello se investigó en sus obras fundamentales, en algunos de sus artículos y en reseñas y juicios críticos que sus libros generaron entre sus contemporáneos y entre las generaciones venideras, llegando en la práctica hasta nuestros días.

Partimos de la premisa de que Amunátegui fue un declarado liberal; luego, me pregunto si esta ideología se filtra en sus escritos historiográficos y si al hacerlo se presenta explícita o veladamente. Por cierto, la mirada apunta a la obra de Amunátegui con el fin de descubrir los sentidos que ésta adquiere en función de coyunturas o debates políticos determinados. Pero, tanto como lo anterior, me preocupa la recepción que se hizo y se ha hecho de su historiografía, en el entendido que ello permitirá acceder no sólo a Amunátegui y sus motivaciones, sino también a posiciones políticas y escuelas históricas que, provocados por el autor, realizan lecturas que denotan sus propias sensibilidades. Antes de entrar en materia situemos al autor en la escena del Chile decimonónico.

Durante el siglo XIX Chile se convierte en república tras la independencia de España en el proceso iniciado el año 1810. En la tarea de construir una nación la clase dirigente abrazó el liberalismo aplicándolo —en mayor o en menor medida— al sistema político. Se ha establecido que los grupos conservadores no idearon un proyecto propio, sino que su misión consistió en frenar los ímpetus liberales, sobre todo en el tema de la secularización y de la Iglesia. Si en doctrina no diferían mayormente, liberales y conservadores chocaron en ma-

terias prácticas, en el modo de gobernar. Y el sector que mejor parado salió de la lucha, en las primeras décadas de la república, fue el conservador; los liberales, por su parte, debieron armarse de paciencia para ver cristalizados sus anhelos. Para conseguirlo recurrieron a toda clase de argumentos, entre los cuales el discurso histórico fue muy visitado.

Si en política los liberales compartieron el poder con los conservadores, en el plano intelectual imperaron sin contrapeso. La gran mayoría de los hombres de ideas del siglo XIX fue liberal; con distintos énfasis entre sí, algunos cercanos al positivismo en la segunda mitad del siglo, otros identificados con gobiernos conservadores, como en el caso de Andrés Bello; todos, adhiriendo a un substrato básico de postulados liberales. ¿Qué significaba –entonces– ser liberal en el siglo XIX? Los liberales chilenos creían en la libertad como valor esencial del individuo, al que veían como la piedra angular de la sociedad. Así, combatían todas aquellas fuerzas que lo constriñeran, vinieran del Estado o de la Iglesia. Por lo anterior, se abanderizaron con una serie de causas: libertad electoral, de culto, de enseñanza, de prensa, etc. Eran laicos, republicanos y demócratas; creían en la educación, en la ciencia y en el progreso¹. En materia económica comulgaban con el *laissez faire*, pero sin ortodoxia, admitiendo buenas dosis de proteccionismo.

Como se dijo más arriba, casi toda la intelectualidad fue liberal. Esto incluye, obviamente, a la historiografía. Los primeros historiadores de la nación surgieron hacia mediados del XIX, orientados por una visión liberal del pasado. Esta consistía, básicamente, en denostar la Colonia, retratándola como una época de oscuridad producto de la avasalladora presencia de la Iglesia en la sociedad. Desde ese incipiente historiador que fue José Victorino Lastarria, hasta la generación dorada de Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y Miguel Luis Amunátegui, el liberalismo inspiró en buena medida el quehacer historiográfico.

NOTA BIOGRAFICA

Miguel Luis Amunátegui Aldunate nació en Santiago el 11 de enero de 1828. Su madre le enseñó a leer a él y a su hermano Gregorio Víctor, disfrutando desde la infancia toda clase de lecturas. Su padre, José Domingo, era dueño de una “selecta y abundante” biblioteca y “casi no dejaba pasar un día, a pesar de estar muy enfermo, sin leerles o hacerles leer en alta voz”². Se hizo especialmente aficionado a las novelas de Walter Scott y a la *Historia Universal* de Segur.

Sin haber pasado por la escuela, Miguel Luis y Gregorio Víctor ingresan al Instituto Nacional en 1840. Dos años después fallece el padre, dejándolos en una delicada situación económica. Entre 1843 y 1847 aprueban el primer curso de humanidades del Instituto, causando honda impresión en Miguel las enseñanzas de su maestro de literatura el francés Luis Antonio Vendel-Heyl. Con 19 años, dos menos que el mínimo exigido, se presenta con éxito al concurso para impartir una clase de humanidades en el Instituto Nacional. Siguió cursos de derecho, aunque sus necesidades económicas le obligaron a privilegiar su labor de profesor.

A los 20 años abrazó el liberalismo, siendo cercano de José Victorino Lastarria, con quien colabora en la *Revista de Santiago*. En 1849 presenta a la Universidad de Chile, junto con su hermano, la memoria “La Reconquista Española. Apuntes para la historia de Chile. 1814-1817”. Desde ese momento no cesaría su producción intelectual, pues, solo o con la colaboración de su hermano, escribió libros de historia, literatura, geografía, ortografía y educación; estudios de límites, memorias, discursos, artículos, reseñas y numerosas biografías sobre diversos personajes: José Joaquín de Mora, Vicente Carvallo y Goyeneche, Manuel de Salas, Simón Rodríguez, Andrés Bello, Bernardo Vera y Pintado, Ignacio Domeyko, Jotabeche, Rodolfo A. Philippi, Alonso de Ercilla, entre otros. Participó a su vez como columnista en distintos medios de prensa liberales, entre los que destacan *El Correo del Domingo*, *El Ferrocarril*, *El Independiente*, *Libertad Electoral*, *El Mercurio de Valparaíso*, *República*, *Revista de Santiago* (1848-49, 1872-73), *Revista del Pacífico*, *Revista de Valparaíso*, *Revista Chilena* (1875-80), *Revista de Artes y Letras y Sud América*.

Su vida es inseparable de la de Gregorio Víctor, tanto es así que cuando redacta su autobiografía, escribe también la de su hermano. Claro que cada uno formó su propia familia desde 1857: “Este año en abril se casaron”³, escribe, en tercera persona, Miguel Luis desarrolló desde 1852 su carrera docente en la Facultad de

¹ Para Ana María Stiven el republicanismo liberal se definió por el rechazo a lo monárquico; por la promoción de la soberanía popular y de la representación ciudadana; y por el apego al constitucionalismo. Ver Stiven, “Republicanism and liberalism in the first half of the 19th century: ¿Hubo proyecto liberal en Chile?”, en Loyola y Grez. 2002. *Los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX*, Santiago, Ediciones UCSH.

² Amunátegui, Miguel Luis. (1867). 1928. “Autobiografía”, *Revista Chilena de Historia y Geografía* N°60, Santiago, p. 7.

³ *Ibid.*, p.18

Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Fue un destacado hombre público: redactó por encargo del gobierno estudios de límites con Bolivia y Argentina; fue ministro del Interior, de Relaciones Exteriores y de Justicia, Culto e Instrucción Pública; fue diputado e incluso candidato a presidente de la república (en la convención liberal triunfó Aníbal Pinto). Muere a la edad de sesenta años, el 22 de enero de 1888.

SU IDEA DE LA HISTORIA

Antes de entrar de lleno en las obras de Amunátegui, me detendré en su propia concepción de la historia en cuanto rama del saber. Amunátegui, en el artículo "Historia: algo sobre el modo de escribirla", declara abiertamente que ésta "ha de ser la resurrección más completa del pasado que se pueda lograr"⁴. Y el método no es otro que "compulsar los libros y los papeles viejos"⁵. Más allá de estas premisas, el objetivo del texto es denotar aquellas historias monumentales que simplemente exponen ordenadamente los hechos. Para él, la historia no puede ser "una exposición inanimada de nombres, de fechas y de sucesos poco característicos"⁶, sino que debe esforzarse por reproducir a los individuos de las generaciones desaparecidas con sus cualidades y circunstancias distintivas. Debe ocuparse tanto de los personajes encumbrados como de los más vulgares, y bregar por retratar a la sociedad en todas sus manifestaciones, con sus virtudes y vicios. Rechaza la gravedad y estiramiento de la historia, la que no debe limitarse a la vida pública de los personajes y omitir así lo que llama vida doméstica, vale decir, escándalos, travesuras, intrigas y aventuras amorosas⁷.

Se expresa contrario a una "historia heroica" y partidario de una "historia familiar", entendida ésta más bien como una aproximación a la vida privada de los hombres públicos. Su modelo no es precisamente un historiador, sino el escritor británico William M. Thackeray, quien en sus novelas, según Amunátegui, logra trazar vívidos y fidedignos cuadros del pasado.

Estas ideas de Amunátegui acerca de la historia no responden necesariamente a un pensamiento liberal, al menos directamente; es más, su predilección por una historia comprensiva, que abarque tanto lo macro como lo micro, los personajes como los comunes, no sólo se aparta de lo que él mismo efectivamente realizó, sino que se encara con el individualismo liberal que —como se verá— funge en su obra como el motor primordial de la historia. Por todo lo anterior, la pregunta que motiva este estudio sigue sin contestar.

HISTORIOGRAFIA Y LIBERALISMO

La revisión de la obra historiográfica de Miguel Luis Amunátegui deja en evidencia una intencionalidad política poco menos que explícita⁸. Amunátegui escribe historia desde el liberalismo y su objetivo es establecer una lectura liberal del pasado. Lo anterior se entenderá mejor analizando las tres obras donde esto se observa más nítidamente.

En *Descubrimiento y conquista de Chile* Amunátegui se dedica a estudiar y relatar los hechos protagonizados por Diego de Almagro, Pedro de Valdivia, Francisco de Villagra y García Hurtado de Mendoza. Pero esta crónica no es para nada inocente, pues la sustenta una tesis que el mismo autor hace transparente: "Los aventureros españoles del siglo XVI pudieron ejecutar una hazaña tan portentosa, porque nadie pensó en poner trabas a su espontaneidad, en someter a reglas su inspiración personal"⁹. De ello se desprende que en la libertad del individuo radica su capacidad emprendedora, con lo que fustiga todo intento del Estado por reprimir su voluntad. Es, entonces, una obra en que no se hallará un retrato general de los procesos de Descubrimiento y Conquista; éstos, en cambio, serán ilustrados por las hazañas de los grandes personajes que hacen la historia.

Resulta llamativo la sinceridad con que Amunátegui presenta el supuesto que orientare todo su relato. Su lógica es simple: quiere demostrar a sus lectores las bondades del liberalismo, y para ello recurre a la historia. Los hechos son narrados en función a la tesis.

⁴ Amunátegui, 1884, "Historia: algo sobre el modo de escribirla", *Anales de la Universidad de Chile* tomo LXX, Santiago, p. 372.

⁵ *Ibid.*, p.374.

⁶ *Ibid.*, p.373.

⁷ *Ibid.*, p.371.

⁸ Allen Woll apunta que tanto Amunátegui como Barros Arana y Vicuña Mackenna deben a Lastarria la idea de intervenir en política por medio de textos históricos. Woll, 1982. *A functional past: the uses of history in nineteenth-century Chile*, Louisiana State University Press, Louisiana.

⁹ Amunátegui, 1913. *Descubrimiento y conquista de Chile*, Imprenta Barcelona, Santiago, p.15.

Es *Los precursores de la independencia de Chile* un título engañoso, pues en él Amunátegui se aboca a describir detalladamente la sociedad colonial y sólo al final se vislumbran algunas personalidades que se puede rotular como precursores de la independencia, como Manuel de Salas y Juan Martínez de Rozas.

Proyecta los siglos coloniales como un tiempo de atraso, de oscurantismo, una especie de Edad Media chilena. La Colonia es presentada como un sudario que España tiende sobre América, donde sólo pueden nacer sociedades inmóviles, rígidas e inertes, dominadas por un régimen despótico que instala la sujeción y el abatimiento. En la América colonial no hay espacio para el progreso, por el contrario, impera una cárcel donde el carcelero —la Corona— ejecuta inveterados abusos.

Para Amunátegui, el deseo de libertad de los criollos de 1810 fue de tal magnitud que barrió con tres siglos de sujeción: “los hombres, con constancia y energía, pueden derribar los obstáculos al progreso social que parecían más resistentes, más poderosos, más incommovibles”¹⁰. Esa es la tesis que el autor se propone demostrar en las mil quinientas páginas de la obra. Vale decir que expone todo el cuadro de la Colonia para resaltar la hazaña de la Independencia. “Si las influencias físicas y sociales imprimen a los sucesos una cierta y determinada dirección, la iniciativa y la energía de la voluntad humana logran casi siempre modificar esa dirección y señalar el rumbo que convenga”, postula¹¹. La Independencia es, por lo tanto, un gran triunfo de la inteligencia, de la voluntad, de la verdad y de la razón humanas¹², que se imponen aun en las condiciones más adversas. De ello se deriva que lo verdaderamente crucial es la gestación en cada individuo de la voluntad de romper con la continuidad de la historia; en tal sentido Amunátegui afirma que “antes de esperar la revolución en el país, se vieron forzados a hacerla triunfar en sus propios espíritus”¹³.

La obra establece reveladoras cadenas de contrarios: por una parte, Colonia - España - Iglesia - Fe - Sujeción; y, en contrapartida, Independencia - República - Hombre (humanismo) - Razón - Libertad.

En *La dictadura de O'Higgins*, en tanto, se presenta la vida, obra y gobierno de Bernardo O'Higgins enmarcada en la exposición de la revolución de Independencia chilena.

Amunátegui exhibe sin ambages su propósito de historiar “las tentativas que hizo sin fruto el capitán general don Bernardo O'Higgins para establecer en Chile la dictadura. La conclusión que se deduce de los hechos referidos en esta obra es la imposibilidad de plantar en América un modo durable esa forma de gobierno”¹⁴. El severo juicio a que es sometido O'Higgins bien puede ser apreciado como una excusa para atacar la dictadura y toda forma de acumulación personal de poder. Además, el autor no desconoce las “hazañas y servicios” que O'Higgins brindó a la patria, pero condena duramente su “desmedida ambición de mando”, con lo que insinúa que no importa el mérito de la persona si incurre en la acumulación de autoridad.

Por lo demás, en la introducción Amunátegui expresamente pondera la república como la mejor forma de gobierno. Argumenta que sólo en la república se hace efectiva la soberanía popular y se resguarda la igualdad, a través del carácter electivo y alternativo de los cargos. Si el poder, por tanto, se deduce de la soberanía popular y ya no emana de Dios, la monarquía se vuelve anacrónica. Prueba de ello, señala Amunátegui, es el nacimiento de repúblicas luego de la independencia americana. Sostiene que las sociedades americanas, pese a estar educadas para la tiranía, en su interior se consideran iguales entre sí, debido a la ausencia de castas, dinastías o noblezas, y ésa es la razón para que en el continente nunca se instaure una monarquía o algo parecido, como la presidencia vitalicia de Bolívar, la monarquía constitucional con príncipe europeo de San Martín o, simplemente, la dictadura.

Apunta que en Chile la única intentona de dictadura ha sido la de O'Higgins y que si fracasó fue por la resistencia de los ciudadanos a que un individuo se alzara por sobre el resto. En este punto Amunátegui ensaya una suerte de ley histórica: hombres de igual mérito no toleran la preponderancia de uno solo. Concluye que la dictadura es prácticamente imposible en el país, pues “en el presente estamos divididos sobre la organización que conviene dar a la república, pero todos somos republicanos”¹⁵. Conceptos como república, soberanía popular o igualdad son caros al liberalismo, tanto como dictadura, tiranía, monarquía o privilegio le son distantes.

¹⁰ Amunátegui, 1909. *Los precursores de la independencia de Chile*, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, Santiago, p.5.

¹¹ *Ibid.*, p.29.

¹² *Ibid.*, p.368.

¹³ Citado por María L. Sazo, 1995. “Los Amunátegui: la gestación de la independencia chilena y el sistema colonial”, tesis de licenciatura en historia, Universidad Católica, Santiago (inédita), p.93.

¹⁴ Amunátegui, 1914. *La dictadura de O'Higgins*, Imprenta Barcelona, Santiago, p.5.

¹⁵ *Ibid.*, p.28.

Especular sobre el pasado —amparado en el principio rector que es su liberalismo— no sólo permite a Amunátegui interpretar tajantemente la historia nacional, sino además dictaminar sentencias para sus personajes. Es el caso de O'Higgins, cuya expatriación comprende como una “dolorosa expiación que estaba reservada a las grandes faltas del dictador”¹⁶.

Asimismo, el móvil político que inspiraba a Amunátegui y a sus congéneres colegas queda al descubierto si seguimos a Allen Woll, quien atisba en esta obra una condena oblicua al gobierno de Manuel Montt, al sugerir un símil entre éste y el del héroe patrio: “Amunátegui walked a thin line during the early years of the Montt regime. Only once did challenge Montt's principles of government, but in a extremely cautious manner, hiding his criticism in a historical work, *La dictadura de O'Higgins*”¹⁷. Es sabido que Amunátegui colaboró con el gobierno de Montt (1851-1861) pese a que desaprobaba sus métodos. *La dictadura* —publicado en 1853— sería así una alerta encubierta frente al estilo autoritario de Montt. Esta interpretación parece algo mecánica, pero en ningún caso se puede descartar¹⁸.

Tanto en esta obra como en las anteriores se ha determinado cómo la ideología liberal sustenta los estudios históricos de Amunátegui, quien utiliza los hechos para dar publicidad a sus postulados. No es el momento de juzgar éticamente este ejercicio ni de definir si acaso el autor distorsiona los hechos para hacerlos calzar con sus hipótesis. Aquí nada más se ha intentado contestar la pregunta acerca de la presencia del liberalismo en la historiografía de Amunátegui.

Todo lo anterior conduce a designar a nuestro autor con la categoría de encarnación ideal de las dos teorías que disputaron a mediados del XIX la regulación de la práctica historiográfica, me refiero a la positivista y a la especulativa, representadas respectivamente por Andrés Bello y José Victorino Lastarria. En esta tan comentada polémica se debatió el método de hacer historia; para Bello debía procederse al acopio y exposición de los hechos y sólo una vez producida esta reconstrucción era posible extraer conclusiones y ensayar interpretaciones y leyes; Lastarria defendía precisamente el derecho a conjeturar y abstraer del pasado enseñanzas aun antes de la constatación del aspecto fáctico. Pues bien, Amunátegui se instaló a medio camino entre ambas posturas, en tanto investigó con rigor y en tanto se lanzó a la reflexión filosófica, como demuestran sus asertos acerca del individuo, de los procesos históricos y del poder, por nombrar algunos.

RECEPCION CONTEMPORANEA DE LA OBRA DE AMUNATEGUI

Si bien ya se estableció de qué forma el liberalismo es un componente activo en el discurso de Amunátegui, en este acápite se pretende analizar la recepción que entre sus contemporáneos produjo su obra. Se apuesta a que por medio de las reacciones —reseñas, comentarios, juicios críticos— se pueda abordar el medio en que circularon las ideas de Amunátegui y a qué preocupaciones respondían.

Naturalmente, sus libros provocaron elogios y admiración por la erudición y el tamaño de la investigación. Pero interesa más aquí analizar las críticas, las observaciones, los reparos que suscitaron.

El intelectual colombiano José María Samper, de tendencia liberal, felicita efusivamente al autor de *Descubrimiento y conquista de Chile*, y sólo lamenta la carencia de una exposición sobre el estado de civilización en que se hallaban las tribus chilenas en la época del descubrimiento, incluso señala que “la historia sin la etnografía reposa sobre bases muy incompletas”¹⁹. Debe enfatizarse que dicha omisión respondería a cierto desdén que en general mostraron los historiadores liberales por los pueblos indígenas, al que no estaría ajeno Amunátegui.

Otro autor liberal, Augusto Orrego Luco, no abandona la lucidez que lo convirtió en uno de los intelectuales más prominentes del país para referirse a *La dictadura de O'Higgins*. Apunta que “el espíritu del partidismo político ha traicionado el espíritu del historiador, haciéndolo adaptar los hombres y las cosas de otro tiempo al molde de los hombres y de las cosas del momento en que escribía”²⁰. Para Orrego, la tesis liberal de la que parte el autor condiciona y determina la narración del pasado, llegando a “torturar” los hechos. Tam-

¹⁶ Citado por Fernando Campos Harriet, 1988. “Don Miguel Luis Amunátegui, historiador”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* N°99, Santiago, p.42.

¹⁷ Woll, *op. cit.*, p.77.

¹⁸ Luis Moulian aprecia el mismo propósito —esto es, aludir a Montt— en la *Historia general de la Independencia de Chile*, de Barros Arana, aunque en este caso la referencia es el régimen colonial. Moulian, 1996. *La Independencia de Chile: balance historiográfico*, Factum, Santiago, p.42.

¹⁹ José María Samper, 1863. “Descubrimiento y Conquista de Chile, por don Miguel Luis Amunátegui”, *Anales de la Universidad de Chile*, tomo XXII, Santiago, p.756.

²⁰ Augusto Orrego Luco, *Amunátegui, 1888*. Imprenta de la Epoca, Santiago, p.24.

bién en *Los precursores*, Amunátegui –según Orrego– estaría escribiendo con un ojo en el presente y otro en el pasado, aunque reconoce que en esta obra es más fiel a la realidad. Sostiene que el libro constituyó “una protesta erudita en contra de la reacción colonial que Amunátegui veía dibujarse en el horizonte político”, en el cual imperaba el Partido Conservador, que en “aquellos días era la reacción violenta en contra de todo lo que el liberalismo había tan penosamente conquistado”²¹. De esta forma explica la intencionalidad de Amunátegui al publicar (entre 1870 y 1872) *Los precursores*.

Un tercer autor liberal es Luis Montt. En la revista *Sud América* escribe también un comentario sobre *Los precursores*, expresando que el gran mérito de Amunátegui es sentar que “las hondas preocupaciones que embarazan nuestro progreso moral, tienen su raíz en el coloniaje”. Para Montt, “decir de qué proviene la enfermedad es hacer algo por su curación”. Se puede comprobar que los liberales ven en la colonia, y más específicamente en la preeminente influencia de la Iglesia, el origen de la sociedad conservadora que todavía se oponía a las iniciativas secularizantes del sector liberal.

Desde la misma trinchera asoma el comentario que Gaspar Toro elabora sobre *Los precursores*, el cual llama la atención por la severidad con que se juzga la obra. Podría decirse que representa el ala más dura de la esfera liberal, pues demanda una actitud más decidida en Amunátegui. En esa línea lo acusa de un eclecticismo que se debate entre el libre albedrío y el determinismo, en circunstancias que para Toro el determinismo simplemente no existe²². Continúa atacando materias discutibles, propias del análisis subjetivo, que sin embargo Toro presenta como verdades establecidas. En el tema indígena, por ejemplo, dice que el historiador ha exagerado la rebeldía y arrojo de los araucanos, con el fin de incorporarlos como una de las fuerzas que desataron la independencia. Esta es únicamente –prosigue Toro, taxativo– una empresa de la aristocracia²³.

Toro se atreve a censurar, además, los conceptos teóricos que guían el trabajo de Amunátegui. Al tratarse el origen del letargo colonial, Toro coincide en responsabilizar al influjo de la Iglesia sobre el Estado, pero objeta que antes de demostrar en la práctica esa conclusión, el autor “debía haberla señalado –a modo de advertencia– en la introducción de su libro como su verdadera síntesis”²⁴. Ello se traduce en un pernicioso sistema que falsea la historia.

Concluye la reseña en términos no muy halagadores: “Censurable en el método, imperfecta en la forma, deficiente en ciertas materias, se distingue el trabajo de investigación, la elevación de miras y la verdad filosófica del conjunto”²⁵. Y es que, pese a profesar una ideología común, Toro parece reservarse el derecho a elucubrar, desautorizando a un Amunátegui que intuye menos perspicaz. Por ello, para posibilitar la interpretación a mentes más elevadas, habría preferido “una historia en cierto modo cronológica que nos hubiera guiado al través de las vicisitudes de la colonia desde su infancia hasta su virilidad y muerte”²⁶.

Pasando a la crítica conservadora, se analizará a los autores Zorobabel Rodríguez, Crescente Errázuriz y Pedro N. Cruz.

Rodríguez –un escritor y político conservador– en el periódico *La Estrella de Chile*, se refiere a *Los precursores* –a estas alturas la obra más polémica– asumiendo en primer término una visión cristiana de la historia: “[Amunátegui desconoce que] sobre la libertad humana y sobre las influencias físicas y sociales, [hay] una altísima diestra que posee el privilegio de hacer servir a sus designios la libertad humana sin coartarla”²⁷. Luego argumenta que para el autor “Chile durante la colonia fue un enorme pajal en donde los habitantes dormían una perpetua siesta apenas interrumpida por uno que otro capítulo de frailes, por una que otra competencia entre las autoridades o por cuestiones de comadres”²⁸. Reconoce que esto pudo ser así, pero que el cuadro es incompleto. Lo que más inquieta a Rodríguez es que Amunátegui presente el nulo conocimiento de las ideas modernas como el principal obstáculo para la república, sin precisar “las causas que la venían preparando”. Es más: “¡y sin embargo, de súbito, sin causa, casi por obra de magia, aquel dogma [de la majestad real] desaparece y el pobre ingenio de colonos serviles, ignorantes y somnolientos, se transforma en un pueblo de demócratas, de ciudadanos y de héroes!”²⁹.

²¹ *Ibid.*, p.62.

²² Toro, Gaspar. 1872. “Los precursores de la independencia de Chile”, *Revista de Santiago*, p.108.

²³ *Ibid.*, p.199.

²⁴ *Ibid.*, p.208.

²⁵ *Ibid.*, p.208.

²⁶ *Ibid.*, p.113.

²⁷ Errázuriz, Crescente. 1873. “Los orígenes de la Iglesia chilena y el señor Amunátegui”, *La Estrella de Chile* N°172, Santiago.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*

En otras palabras, para Rodríguez no es evidente que la colonia haya sido tan opaca, y tiende a mirar el pasado con una sensibilidad opuesta a la liberal: “Sin duda que el pasado aparece muy pequeño comparado con el presente; pero es porque el presente cabalga, por decirlo así, sobre los hombros del pasado”³⁰. En el mismo sentido, acusa a Amunátegui de juzgar rígidamente a los hombres según los criterios de su tiempo y no los de la época estudiada.

Comentando el segundo volumen de la obra, Rodríguez reivindica la institución que más separaba a liberales y conservadores, la Iglesia, ya que fue “por medio de sus preladados y sacerdotes y muy especialmente por medio de la compañía de Jesús, la más celosa defensora de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad humana, y la principal fuerza viva que impulsó a la colonia en el sentido del progreso moral, intelectual y material”³¹. Así, lo que para Amunátegui era el principal dique que impedía el progreso, constituía para Rodríguez el gran promotor de las ideas nuevas, apropiándose incluso de los principios de la Revolución Francesa, hasta entonces en manos liberales.

La crítica del eclesiástico e historiador Crescente Errázuriz se dirige especialmente al tema religioso. En la introducción a *Los orígenes de la Iglesia Chilena 1540-1603*, confiesa que fue la lectura de *Los precursores* lo que le impulsó a escribir su libro, por las injusticias que se cometían contra la institución. Opina que “sus ataques consisten principalmente en callar” los logros eclesiales³², siendo un libro “funesto a la religión” y “sin ningún valor histórico”³³.

Luego culpa a Amunátegui de ceñirse a un “sistema histórico”, lo que entiende como una teoría que pre-dispone la investigación. Advierte que al buscar en el pasado pruebas de sus tesis, su rival corre el riesgo de falsear los hechos. Reconoce, en cambio, su moderación, la que ha impedido distorsionar del todo la historia eclesiástica, sólo la ha desnaturalizado.

Apuntando al contenido del libro, explica que “se propone probar que el monarca español era mirado como un semidiós y que el sistema colonial estaba de tal manera basado en extraña mezcla de ideas religiosas, fanatismo y superstición, que el americano debía necesariamente considerar un atentado contra Dios cualquier pensamiento en algo opuesto a las órdenes o voluntad del rey”³⁴. Luego reprueba el acopio en tres siglos únicamente de hechos y anécdotas que le parecen oportunos, dejando de lado lo que no le sirve o lo contraría.

Ante las críticas, Amunátegui responde en *Sud América*, aduciendo que una obra católica y “sistemática” —como la de Errázuriz— es tan peligrosa como una anticatólica sistemática³⁵. Señala además que Errázuriz se dedica “a encomiar casi sin limitación todo lo que se refiere a los eclesiásticos”. Ante tal acusación Errázuriz se declara un historiador imparcial, un juez y no un abogado.

Pero lo que desata la mayor polémica entre ambos es el tema de los milagros en que creían los conquistadores españoles. A nuestros ojos parece un tema menor, pero no para ellos. Primero discuten acerca de la validez de la crónica de Pedro Mariño de Lovera, a quien Errázuriz descalifica, para luego lanzarse a la valoración de la fe en los milagros. Errázuriz le resta importancia, oponiéndose a Amunátegui, para quien la propagación de esta creencia respondía al afán de que “se creyera casi unánimemente que Dios había adjudicado directa y especialmente al rey de España la dominación del nuevo mundo”³⁶. Lo más curioso es que después de tanto discutir ambos están de acuerdo en que la fe en los milagros con que la Providencia ayudaba a las huestes españolas era bastante extendida.³⁷ La diferencia es que para Errázuriz “esa credulidad no se sigue que naciera de un plan hábilmente concebido y desenvuelto por el gobierno español para eternizar su dominación entre nosotros”, sino, por cierto, de la voluntad divina³⁸.

Un tercer polemista conservador es Pedro N. Cruz, cuyo ensayo data de 1895³⁹, es decir, después de la muerte de Amunátegui, pero que se incluye en esta sección por considerarse que todavía pertenecía al tiempo histórico contemporáneo al del historiador.

³⁰ *Ibid.*

³¹ *Ibid.*, N°206

³² Errázuriz, Crescente. 1873. *Los orígenes de la Iglesia Chilena 1540-1603*, Imprenta del Correo, Santiago, p.20.

³³ *Ibid.*, p.21.

³⁴ *Ibid.*, p.22.

³⁵ Amunátegui, 1873. “*Los orígenes de la Iglesia Chilena, 1540-1603*, por Crescente Errázuriz”, *Sud América*, N°IV, Santiago.

³⁶ Errázuriz, “*Los orígenes*”, *op. cit.*, N°311.

³⁷ Para Ricardo Krebs ésta no era la única coincidencia, pues ambos rechazaban la colonia, sólo que con distintos enemigos: para Amunátegui, la Iglesia; para Errázuriz, el Estado. Krebs, 1982, “Algunos aspectos de la historiografía chilena del siglo XIX”, *Cuadernos de la Universidad de Chile*, N°1, Santiago.

³⁸ Sobre esta polémica, ver Woll, *op. cit.*, pp. 98-102.

³⁹ Cruz, Pedro N. 1926. *Estudios sobre la literatura chilena*, Zamorano y Caperán, Santiago.

Cruz comienza por referirse al libro *Descubrimiento y conquista*, rebatiendo el argumento que asociaba la magnitud de la tarea a la poderosa y desatada personalidad de los adelantados: “La libertad de que disfrutaron los conquistadores dio simplemente razón para que ellos ejercitaran las cualidades de su carácter, pero no pudo darles estas cualidades si no las tenían”. De esto se desprende que la Conquista fue una empresa nacional, en la que se complementaron el gobierno y los particulares de España⁴⁰.

Con aun más énfasis se rebela Cruz ante la valoración de la colonia. Para él, “no hay página de la historia de Chile que no esté manifestando que, si la metrópoli no hubiera regido y constantemente socorrido a la colonia, ésta habría perecido cien veces”⁴¹. Amunátegui probablemente no hubiera rechazado esa afirmación, pues Cruz no logra captar que lo que está en juego es si la Colonia fue positiva o negativa para su pueblo.

Otro malentendido aflora al determinar Cruz la fe religiosa como el factor que explica la hazaña de la Conquista. Para Amunátegui la fe es el agente principal, pero es una fe inducida por el Estado, el que buscaba convencer a los europeos de la justicia de su misión evangelizadora. Cruz se aferra —erróneamente— a palabras del propio Amunátegui (“ésta es la verdad, esto es lo que atestigua la historia”⁴²) para refrendar la validez de su hipótesis.

Culmina su estudio con una síntesis lapidaria: “hemos tenido la desgracia de que los historiadores chilenos que han formado la opinión corriente acerca de la época colonial hayan sido liberales e incrédulos”⁴³.

En suma, tanto de la recepción liberal como de la conservadora se desprenden elementos que sirven para ilustrar con más claridad cómo la obra historiográfica de Miguel Luis Amunátegui respondió a la ideología liberal y, al mismo tiempo, a una intencionalidad política contingente.

RECEPCION POSTERIOR DE LA OBRA DE AMUNATEGUI

Con posterioridad a su muerte, los libros de Amunátegui han seguido provocando reacciones. El análisis de estas reacciones entregará nuevas luces sobre su historiografía, entendiendo que, por cada recepción o interpretación, ésta adquirirá connotaciones hasta entonces ignoradas. En paralelo, la obra de nuestro autor servirá como un eje en torno al cual se ordenarán diversas tendencias y escuelas históricas.

La obra de Amunátegui ha originado impresiones que van desde la calurosa defensa hasta la plena descalificación. Para empezar, empero, conozcamos la medida caracterización que hace de ella Sergio Villalobos más de un siglo después de su aparición. Villalobos reivindica la búsqueda honrada de la verdad y el rigor documental con que trabajaron Amunátegui, Barros Arana y Vicuña Mackenna, aunque advierte que sus conclusiones fueron “inconscientemente traicionadas” por sus presupuestos ideológicos⁴⁴. En ello se destaca Amunátegui, quien supeditó a sus premisas el aparato documental y la narración, adoptando una posición mixta entre los postulados positivistas (de Bello) y especulativos (de Lastarria). Termina objetando a los historiadores liberales la sujeción a un encadenamiento de acciones individuales, considerada como el motor último de la historia, sin comprender que los personajes eran intérpretes de grandes procesos que ya estaban en marcha⁴⁵.

Fernando Campos Harriet es el autor de una verdadera apología de nuestro historiador. Defiende justamente su faceta más cuestionada cuando niega que Amunátegui utilizó los hechos para probar sus principios; al contrario, piensa que “del estudio de la historia sacó a veces necesariamente conclusiones precisas; otras veces, simples análisis o meditaciones”⁴⁶. Es más, le atribuye al historiador la calidad de “objetivo”, en tanto “no es la deformación de los hechos donde quedan señaladas sus afinidades: es en la interpretación de estos hechos”⁴⁷. Esta se fundamentaba en “documentos auténticos y hechos innegables”⁴⁸.

Campos incurre en una perspectiva doblemente inocente; primero, por no reconocer que Amunátegui conducía los hechos con una determinada intención; y segundo, por creer todavía plausible historiar en forma objetiva.

Entre los círculos conservadores las aseveraciones de Amunátegui seguirían causando escozor. Abrió los fuegos Francisco Antonio Encina al lanzar un irónico elogio a los historiógrafos decimonónicos: “sin sus es-

⁴⁰ *Ibid.*, p.235.

⁴¹ *Ibid.*, p.237.

⁴² *Ibid.*, p.244.

⁴³ *Ibid.*, p.261.

⁴⁴ Villalobos, Sergio. 1980. *Historia del pueblo chileno*, ICHEH, Santiago, p.16.

⁴⁵ *Ibid.*, p.18.

⁴⁶ Campos Harriet, *op. cit.*, p.40.

⁴⁷ *Ibid.*, p.40.

⁴⁸ *Ibid.*, p.21.

critos, sin la falsa visión del pasado que impusieron a la colectividad, difícilmente la literatura política hubiera logrado crear las formidables ideas-fuerzas que movilizaron a la aristocracia castellano-vasca y la empujaron a la revolución de 1891⁴⁹. Encina pone de relieve la injerencia de la historia en la contingencia, por medio de la generación de insumos que nutrían a la clase política.

Autores más recientes continúan denunciando las tretas liberales. Gonzalo Vial atribuye la errónea imagen del pasado que construyó la historiografía al apasionamiento latente, al odio por lo español y al precario conocimiento de lo colonial. Añade que al tratar la Independencia arguyeron sólo causas exógenas, como el enciclopedismo, los principios de libertad e igualdad, el ejemplo de Norteamérica y la inspiración de la Revolución Francesa⁵⁰. Ricardo Krebs, por su parte, indica enfáticamente que Amunátegui “puso al documento al servicio de la causa liberal y de no disimuladas intenciones políticas”⁵¹.

Historiadores vinculados con corrientes de izquierda han escrutado con sus propios cristales el discurso histórico liberal. Así, Julio César Jobet, promediando el siglo XX, lo reprueba al compararlo con la escuela conservadora. Sugestivamente anota que ambos grupos libraron en el área religiosa y educacional sus más enconados combates, pero que, al margen de estas discrepancias, “en los problemas fundamentales de carácter económico social, su posición es idéntica y su actitud de indiferencia frente a las condiciones de vida del pueblo es la misma”⁵².

Luis Moulian, al hacer un balance de la historiografía sobre la independencia de Chile, sostiene que en *Los precursores* su autor ensalza deliberadamente a los araucanos, con el ánimo de considerar su heroica resistencia como una causa más de la Independencia. Moulian nos previene de que, pese a lo anterior, Amunátegui en ningún momento investiga o analiza al pueblo en un sentido social⁵³. Se observa que la necesidad de historiar a los sectores populares proviene del vacío (relativo) que al respecto dejaron Amunátegui y compañía, y son precisamente los intelectuales marxistas y afines los que se encargaron de remediarlo.

Al finalizar este recorrido por la crítica histórica, en el cual han desfilaro —convocados por Amunátegui— representantes de una amplia gama de sectores, deseo advertir que esta exploración no es del todo exhaustiva y se halla abierta a contribuciones y sugerencias.

BIBLIOGRAFIA

- Amunátegui, Miguel Luis (escrito de 1867). 1928. “Autobiografía”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N°60, Santiago.
- Amunátegui, Miguel Luis. 1884. “Historia: algo sobre el modo de escribirla”, *Anales de la Universidad de Chile*, tomo LXV, Santiago.
- Amunátegui, Miguel Luis. 1873. “Los orígenes de la iglesia chilena, 1540-1603, por Crescente Errázuriz”, *Sud América*, Nos. III al VII, Santiago.
- Amunátegui, Miguel Luis. 1913. *Descubrimiento y conquista de Chile*, Imprenta Barcelona, Santiago.
- Amunátegui, Miguel Luis. 1914. *La dictadura de O'Higgins*, Imprenta Barcelona, Santiago.
- Amunátegui, Miguel Luis. 1909. *Los precursores de la independencia de Chile*, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, Santiago, 3 tomos.
- Barros Arana, Diego. 1889. *Don Miguel Luis Amunátegui. 1828-1888*, Santiago.
- Briceño, Ramón. 1890. *Catálogo bibliográfico, alfabético y un tanto razonado, de las obras de don Miguel Luis Amunátegui*, Imprenta Gutemberg, Santiago.
- Campos Harriet, Fernando. 1988. “Don Miguel Luis Amunátegui, historiador”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* N° 99, Santiago.
- Correa Pastene, M. 1926. “Don Pedro N. Cruz”, prólogo a volumen II de Cruz, Pedro N., *Estudios sobre la literatura chilena*, 3 vol., Zamorano y Caperán, Santiago.
- Cruz, Pedro N. 1926. *Estudios sobre la literatura chilena*, 3 vol., Zamorano y Caperán, Santiago. Capítulo “Miguel Luis Amunátegui” (publicado originalmente en 1895).

⁴⁹ Encina, Francisco A. 1935. *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia*, edición, prólogo y notas de Alfredo Jocelyn-Holt, Universitaria, Santiago, 1997, p.162.

⁵⁰ Vial, Gonzalo. 1965. “Historiografía de la Independencia de Chile”, *Historia* N° 4, Santiago, pp.165-6.

⁵¹ Krebs, *op. cit.*, p.159.

⁵² Julio C. Jobet, 1949. “Notas sobre la historiografía chilena”, en *Atenea*, N° 291-292, Concepción, septiembre octubre, pp.347-8.

⁵³ Moulian, *op. cit.*, p.44.

- Encina, Francisco Antonio. 1949. "Breve bosquejo de la literatura histórica chilena", en *Atenea* N° 291-292, Concepción, septiembre octubre.
- Encina, Francisco Antonio. 1935. *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia*. 1997, edición, prólogo y notas de Alfredo Jocelyn-Holt, Universitaria, Santiago.
- Errázuriz, Crescente. 1873. "Los orígenes de la Iglesia chilena y el señor Amunátegui", *La Estrella de Chile*, Santiago, Nos. 303-312, 27 de julio de 1873 al 28 de septiembre de 1873.
- Errázuriz, Crescente. 1873. *Los orígenes de la Iglesia Chilena 1540-1603*, Imprenta del Correo, Santiago.
- Feliú Cruz, Guillermo. 1957. *Historiografía colonial de Chile, 1796-1886*, Fondo histórico y bibliográfico José Toribio Medina, Santiago.
- Jobet, Julio César, "Notas sobre la historiografía chilena", en *Atenea*, *op. cit.*
- Krebs, Ricardo. 1982. "Algunos aspectos de la historiografía chilena del siglo XIX", *Cuadernos de la Universidad de Chile* N°1, Santiago.
- Loyola, Manuel; Grez, Sergio (comp.). 2002. *Los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX*, Ediciones UCSH, Santiago.
- Mellafe, Rolando. 1988. "Miguel Luis Amunátegui en la Universidad de Chile", *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, *op. cit.*
- Montt, Luis. 1873. "Los precursores de la independencia de Chile", *Sud América*, Santiago, N°1, 1 de mayo.
- Moulian, Luis. 1996 *La Independencia de Chile: balance historiográfico*, Factum, Santiago.
- Orrego Luco, Augusto. 1888 *Amunátegui*, Imprenta de la Epoca, Santiago.
- Rodríguez, Zorobabel, "Los precursores de la independencia de Chile, por Miguel Luis Amunátegui", *La Estrella de Chile*, Santiago, Nos. 172 y 173, 15 y 22 de enero de 1871 (tomo I); Nos. 204-206, 27 de agosto a 10 de septiembre de 1871 (tomo II); y N°s. 289-291, 13 a 27 de abril de 1873 (tomo III).
- Samper, José María. 1863. "Descubrimiento y Conquista de Chile, por don Miguel Luis Amunátegui", *Anales de la Universidad de Chile*, tomo XXII, Santiago.
- Sazo, María Loreto. 1995. "Los Amunátegui: la gestación de la independencia chilena y el sistema colonial", tesis de licenciatura en historia, Universidad Católica, Santiago (inédita).
- Stuven, Ana María, "Republicanism and liberalism in the first half of the 19th century: ¿hubo proyecto liberal en Chile?", en Loyola y Grez, 2000. *Los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX*. Santiago, Adiciones UCSH.
- Subercaseaux, Bernardo. 1997. *Historia de las ideas y de la cultura en Chile: Sociedad y cultura liberal en el siglo XIX*, tomo I, Universitaria, Santiago, 1997.
- Toro, Gaspar. 1872. "Los precursores de la independencia de Chile", *Revista de Santiago*, numeración confusa, paginación continua: pp.107-120, 195-208.
- Vial Correa, Gonzalo. 1965. "Historiografía de la Independencia de Chile", *Historia* N° 4, Santiago.
- Villalobos, Sergio. 1980. *Historia del pueblo chileno*, ICHEH, Santiago.
- Woll, Allen. 1982. *A functional past: the uses of history in nineteenth-century Chile*, Louisiana State University Press, Louisiana.